

SACRIFICIO de Imanol PS S.

La luz de la luna se filtraba por las ranuras de la vieja cabaña, dibujando sombras sobre los rostros de Édimo y de Ceón. Sus corazones temblaban, temerosos por el eco de un adiós que estaba por llegar. Cada rincón de la habitación parecía susurrar aquella realidad implacable a la que se debían enfrentar:

“Es el momento, Ce”. Pronunció Édimo, su voz apenas un susurro, clavando su mirada en la de Ceón, y revelando una mezcla de dolor y miedo que tal vez ninguno de los dos estaba dispuesto a descubrir.

“No.” Su negativa resonó en toda la estancia, haciendo danzar en el aire la leve llama de la vela que luchaba por iluminar la habitación. “No puedo dejarte ir, no ahora.” El miedo bailaba en sus cuerdas vocales.

Las lágrimas comenzaron a brillar en los ojos de Édimo, reflejando la luz de la luna que se colaba en la habitación. Su mirada de resignación y tristeza cortaba el corazón de Ceón. Él tampoco quería marchar, pero la crueldad del destino dejaba poco margen a la elección.

“Tienes que hacerlo. He revisado y, tal vez, si tienes suerte, puedas aguantar hasta el siguiente racionamiento. Pero no podrás hacerlo conmigo, sería imposible, el hambre nos arrebatará a ambos, y no voy a permitir que hagas eso por mí.” Un leve temblor sacudió sus palabras. “Debes ser fuerte, por los dos”.

El dolor se apoderó de Ceón, doblegándolo hasta hacerle caer de rodillas al suelo, con la mirada fija en los zapatos desgastados de Édimo. Sus uñas rasgaron el suelo. “Un día más. Por favor”. Suplicó, pero no hubo respuesta. El silencio que consumía a ambos fue suficiente. “No estoy listo para dejarte ir”.

Con esfuerzo, Ceón se incorporó, elevando su mirada al rostro lloroso de Édimo. Ninguno de los dos quería esto, pero el cruel destino no es más que un cínico y cruel marionetista, y ellos eran los muñecos perfectos para su nueva tragedia.

“Nunca lo estarás. Y yo tampoco. Pero debemos dejar que ocurra. Por mucho que lo desee, no podemos alargarlo más. Y créeme, soy el primero que desea quedarse.”

La rabia y el miedo se apoderaron de Ceón, llevándole a golpear la mesa de la habitación con un contundente golpe que vibró en toda la cabaña, haciendo temblar incluso

a las viejas vigas que tanto esfuerzo le había costado colocar para sostener el techo que, a duras penas, los había protegido del iracundo clima de la ciudad.

La caja de música, antes colocada en la mesa, cayó contra el suelo, estallando en pedazos con un ruido metálico. Sus miradas se clavaron en las decenas de trozos del instrumento, como si cada uno de ellos fuese un reflejo de su corazón, haciéndose añicos. Ceón se agachó lentamente, tratando de contener su rabia, recogiendo tembloroso uno por uno los pedazos que pudo encontrar, tratando de hacerlos encajar, sin éxito. Cada fragmento era un recuerdo, ahora roto, disperso, sin arreglo, y dolía. Cómo dolía.

Édimo se acercó a ofrecerle su ayuda, pero fue recibido con un empujón que lo apartó de la escena, haciéndole caer sobre el suelo: "Ce..." dijo entre lágrimas: "Yo no tengo la culpa de que esto ocurra". Su voz entrecortada le hizo tomar una pausa para coger aire: "Ninguno de los dos la tiene".

Con los pedazos de la caja musical en la mano, Ceón se incorporó, acercándose a su compañero para ofrecerle su mano, ayudándole a incorporarse. Sus miradas volvieron a encontrarse. Ceón dió un paso atrás, alejándose de él. No quería su cercanía. No ahora: "Me has hecho sentir libre, me has hecho pensar que todo esto tendría un sentido, y que saldríamos de aquí, juntos. Has dado la vuelta a todo en cuanto creía y lo has hecho mejor, casi... como si pudiésemos alzar el vuelo, lejos de aquí. Todo ello para después arrebatármelo y cortarme las alas. No es justo. No quiero salir de aquí sólo." Contuvo sus palabras: "No quiero volver a empezar."

Una lágrima surcó su rostro.

"No sin ti".

Édimo limpió sus lágrimas y contuvo sus emociones. Nunca fue su fuerte, pero la situación lo requería. Su compañero lo necesitaba, por triste que fuese, una última vez. Dió un paso firme y se acercó a él. Ceón se quedó inmóvil, quizás demasiado avergonzado por sus acciones como para moverse. Édimo alzó el brazo hacia el rostro de su compañero y, sosteniendo su mejilla, mirándole a los ojos y procurando no quebrar su voz, esbozó una sonrisa lista para dar una respuesta:

"Aprenderás a volar sin ellas."